

es propicio, que la atmósfera es favorable.

En esta campaña contra el vicio mostráis otro ítem que os pone en una clase especial, como país, en el mundo entero. Me refiero a vuestra actitud hacia la esclavitud blanca. Nosotros pensamos allá que este es un mal indispensable, un mal necesario. Y vosotros habéis desafiado al mundo pareciendo declarar que no hay males indispensables, que no hay males necesarios. Lo único necesario, lo único indispensable es el bien. Al mal no le dáis carta de ciudadanía. Podrá existir, como existe la tisis, pero lo atacáis sin cuartel.

La actitud de la América Española con respecto a la esclavitud blanca ha sido y es diferente. Es la actitud de la Europa continental, donde se tiene la misma filosofía y se procede lo mismo que en la América Española. En rigor, en todos los casos que estoy examinando, la actitud de la América Española es la actitud europea, porque en Europa ha buscado su inspiración el otro continente.

Si yo quisiera hacer una clasificación estrictamente filosófica al hablar de esta última virtud vuestra, debiera ponerla en la columna que corresponde a vuestro segundo valor moral: el espíritu democrático. Porque la tolerancia hispano-americana de la esclavitud blanca — más que la tolerancia, la defensa y amparo hacia la esclavitud blanca — descansa en la filosofía anti-democrática de ese continente. Decimos: hay que salvar de contaminación a la mujer de las clases ricas y toleramos y amparamos con ese objeto a esclavas blancas que se reclutan entre las clases pobres.

Es un pobre raciocinio, porque en esa forma no se ampara la castidad de nadie, sino que se fomenta el vicio de todos. Vuestra actitud a este respecto es la única justa, la única decente, la única honorable. Y es la que debe imitar nuestra América.

En esta misma columna podríamos apuntar la actitud general de la sociedad hacia el vicio. La América Española se acerca más a vuestro espíritu puritano que al espíritu de libertinaje de Europa. En Chile no hay ambiente para la literatura pornográfica, que circula amplia y libremente en la Europa continental. Hemos procesado a escritores que con sus escritos han herido el pudor de la sociedad. Algunas piezas teatrales que aquí se toleran con indignación, en mi patria no se tolerarían.

Las virtudes vuestras que señalo os caracterizan como nación. Y podéis enseñar al Viejo Mundo lo mismo que podéis y estáis enseñando a nuestra América. Creo, además, que nosotros, pueblos jóvenes, libres de prejuicios

seculares, sacaremos mejor y más rápido partido de vuestro ejemplo.

En el caso de Chile, país que he elegido especialmente para hacer mis comparaciones, la situación no es ni peor, ni mejor, me parece, que en cualquiera de los otros países hispano-americanos. Allá, la conciencia del país ha sido sacudida por un libro vigoroso, una novela, que últimamente ha publicado nuestro joven escritor nacional, Joaquín Edwards Bello, hermano de nuestro cónsul general en este país. Es una novela realista que pinta toda la gravedad del mal, y en casos como estos hay que presentar primero el mal para ponerle luego remedio. Yo tengo fe en que toda la América Española ha de aprovechar la lección que vosotros nos estáis dando, con esa fe tremenda, ilimitada, candorosa, que tenéis para librar todas las batallas del bien.

Los anteriores son los valores morales que vosotros podéis exportar con provecho para nosotros a nuestra América.

Estos valores que nosotros necesitamos, son valores que sabremos aprovechar, que podemos asimilar, que estamos asimilando.

Viene el problema de determinar ahora cómo se pueden exportar estos valores. Estos no se envían, como las máquinas de escribir, embaladas, con bastante paja y fuertes cajones para que no se quiebren. Estos valores los llevan el libro, la revista, el conferencista, el artículo de prensa, el estudiante que viene de allá, el misionero, el industrial que va a montar sus fábricas entre nosotros.

Esto proceso de exportación está ocurriendo constantemente, día a día. Yo mismo, en mi restringida esfera, escribo desde aquí, semana tras semana, para cerca de un millón de lectores hispano-americanos. No hace mucho la América Española sabía poco de este país; sólo parecía interesarle Europa. Hoy todos los grandes diarios hispano-americanos tienen corresponsales aquí. El número de latino-americanos que visita este país aumenta sin cesar. Vuestra literatura se principia a traducir directamente del inglés al castellano para el público hispano-americano. Vuestros misioneros religiosos están haciendo labor constructiva desde Río Grande hasta Magallanes.

En otros términos, la exportación de los valores morales que he enunciado se ha estado haciendo y se está haciendo. Hay conveniencia de que se siga haciendo en mayor escala.

¿Cuáles son las condiciones de pago que vuestro país puede fijar a la América Española por estos valores que estáis exportando y seguís exportando

a nuestros países? ¿Qué puede dar en materia de valores morales la América Española a la América anglosajona, virtudes nacionales que tenga la otra América y que esta América necesite?

Yo quiero intencionalmente hacer aquí una pausa en mi disertación. Quiero que vosotros penséis por un momento para hacer la síntesis, en vuestras mentes, de los valores sociales, morales, que la otra América puede exportar a esta América para pagar la exportación espiritual de esta América a aquella América. En rigor, esta segunda parte de mi disertación debiera ser encomendada a uno de vosotros, profesores de castellano, ciudadanos de este país, que miráis con interés y amor hacia nuestro continente. Tal vez al hablar yo sobre este tema no sea mi voz sino la expresión de la modestia continental de la otra América.

Mi disertación no es una apología de ambos continentes; no es un reparto de flores. Es un estudio sintético de las fuerzas espirituales que están llamadas a hacer, de toda la América, el mundo del porvenir, donde el resto del planeta busque su salvación. Al apuntar vuestras virtudes cardinales no quiero decir que aquí hayan triunfado ellas definitiva y totalmente. Pero, sí, quiero decir que aquí van camino de triunfar definitiva y totalmente y que ya tienen fuerza de arrastre y de contagio. Son características nacionales vuestras.

Busco con interés y con amor los valores morales que la América Española puede daros en pago de los vuestros que vosotros le dais. Cada vez que se hace un estudio a este respecto se dice, en primer lugar, que nosotros, los hispano-americanos, podemos aportar a vuestro país el valor moral de la cortesía.

La cortesía, según mi modo de pensar, entra en la columna que he asignado a vuestro primer valor moral: el espíritu de servicio. Si la cortesía no presta un servicio, no es cortesía. Es mera galantería. Si abríis la puerta de la *limousine* para una señora, si la ayudáis a poner su abrigo al salir del teatro, si le dáis vuestro asiento en un tranvía, habéis sido corteses, porque le habéis prestado un servicio. Si le habéis dicho que es muy hermosa, que os es muy grata su compañía, habéis sido simplemente galantes, no corteses.

Si la cortesía es «servicio», el vuestro es el país más cortés del mundo y puede enseñarle cortesía a la América Española. ¿No es cortesía dar el asiento en el bote salvavidas en un naufragio a una dama y quedarse en el buque que se hunde para que se salve la dama? ¿No es cortesía la del hombre que lleva por las calles el cochecito